

“Que todas las personas reciban una formación Bíblico Doctrinal, acentuadamente vivencial y caritativa, para que sigan creciendo como discípulos y misioneros de Jesús”

Por: Pbro. Dr. Hugo Alberto Chávez Jmz

FORMACIÓN BÍBLICO TEOLÓGICA: UNA COMUNIDAD DE CREYENTES EN TORNO A LA PALABRA DE DIOS

Los nuevos documentos de la Iglesia y el plan pastoral de nuestra arquidiócesis nos hablan de la necesidad de renovar nuestras comunidades por medio de la Palabra. Para esta reflexión en la Asamblea Diocesana del 2010 nos guiaremos especialmente por la reciente exhortación apostólica postsinodal *Verbum Domini* sobre la Palabra de Dios en la vida y la misión de la Iglesia del Santo Padre Benedicto XVI (= VD); citaremos también la Orientación Pastoral *Jesucristo: Camino, Verdad y Vida* de nuestro Obispo J. Francisco, Cardenal Robles Ortega y el documento de *Aparecida* de los Obispos Latinoamericanos; por último, nos auxiliaremos de alguna reflexión teológica en torno a este mismo tema de la Palabra de Dios¹.

De la <<Dei Verbum>> al Sínodo de la palabra de Dios

La Iglesia se funda sobre la Palabra de Dios, nace y vive de ella. A lo largo de toda su historia, el Pueblo de Dios ha encontrado siempre en ella su fuerza, y la comunidad eclesial crece también hoy en la escucha, en la celebración y en el estudio de la Palabra de Dios. Hay que reconocer que en los últimos decenios ha aumentado en la vida eclesial la sensibilidad sobre este tema, de modo especial con relación a la Revelación cristiana, a la Tradición viva y a la Sagrada Escritura. A partir del pontificado del Papa León XIII, podemos decir que ha ido creciendo el número de intervenciones destinadas a aumentar en la vida de la Iglesia la conciencia sobre la importancia de la Palabra de Dios y de los estudios bíblicos, culminando en el Concilio Vaticano II, especialmente con la promulgación de la Constitución dogmática *Dei Verbum*, sobre la divina Revelación (VD 3).

Orientación Pastoral “Jesucristo: Camino, Verdad y Vida”.

La parroquia es el lugar privilegiado del anuncio de la palabra de Dios. Este anuncio se articula de diversas formas, y cada fiel está llamado a participar activamente en él, de modo especial con el testimonio de vida cristiana y la proclamación explícita del Evangelio... Por lo que respecta al sacerdote, “anuncia la Palabra en su calidad de ministro, participe de la autoridad profética de Cristo y de la Iglesia”. Y para desempeñar fielmente este ministerio, correspondiendo al don recibido, “debe ser el primero en tener una gran familiaridad personal con la palabra de Dios... La parroquia debe ser el ámbito natural del encuentro de cada cristiano con Dios y con la Iglesia, el ámbito en el que se nutre de la Eucaristía y de la palabra de Dios (p. 23).

V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y el Caribe: Aparecida

Desde la Parroquia, hay que anunciar lo que Jesucristo “hizo y enseñó” (Hc 1,1) mientras estuvo con nosotros. Su persona y su obra son la buena noticia de salvación anunciada por los ministros y testigos de la Palabra que el Espíritu suscita e inspira. La Palabra acogida es salvífica y reveladora del misterio de Dios y de su voluntad. Toda la Parroquia está llamada a ser el espacio donde se recibe y acoge la Palabra, se celebra y se expresa en la adoración del Cuerpo de Cristo, y, así, es la fuente dinámica del discipulado misionero. Su propia renovación exige que se deje iluminar **siempre** de nuevo por la Palabra viva y eficaz (Aparecida 172).

¹ Una buena parte de la reflexión está tomada de mis apuntes personales, que a través de varios años he venido reflexionando en torno a la Palabra, se encuentra en mis archivos **electrónicos** y algunos libros, que en este momento de transición pastoral a una nueva comunidad parroquial están fuera de mi alcance. Si la memoria no me falla, a la base esta reflexión **está el pensamiento** de K. Rahner en sus “Escritos de Teología” y también el pensamiento entresacado del Cardenal Carlo M. Martini, Luis Alonso Schökel en distintos libros y artículos.

El Sínodo de los Obispos sobre la palabra de Dios

Los Padres sinodales han hablado de un uso analógico del lenguaje humano en relación a la Palabra de Dios. En efecto, esta expresión, aunque por una parte se refiere a la comunicación que Dios hace de sí mismo, por otra asume significados diferentes que han de ser tratados con atención y puestos en relación entre ellos, ya sea desde el punto de vista de la reflexión teológica como del uso pastoral. Como muestra de modo claro el Prólogo de Juan, el *Logos* indica originariamente el Verbo eterno, es decir, el Hijo único de Dios, nacido del Padre antes de todos los siglos y consustancial a él: *la Palabra estaba junto a Dios, la Palabra era Dios*. Pero esta misma Palabra, afirma san Juan, se «hizo carne» (Jn1,14); por tanto, Jesucristo, nacido de María Virgen, es realmente el Verbo de Dios que se hizo consustancial a nosotros. Así pues, la expresión «Palabra de Dios» se refiere aquí a la persona de Jesucristo, Hijo eterno del Padre, hecho hombre (VD 7).

Dios se nos da a conocer como misterio de amor infinito en el que el Padre expresa desde la eternidad su Palabra en el Espíritu Santo (VD 6).

Además, la palabra predicada por los apóstoles, obedeciendo al mandato de Jesús resucitado: «Id al mundo entero y proclamad el Evangelio a toda la creación» (Mc 16,15), es Palabra de Dios.

Hay un punto interesante con el que termina este número del documento: “todo esto nos ayuda a entender por qué en la Iglesia se venera tanto la Sagrada Escritura, aunque la fe cristiana no es una «religión del Libro»: el cristianismo es la «religión de la Palabra de Dios», no de «una palabra escrita y muda, sino del Verbo encarnado y vivo» (San Buenaventura). Por consiguiente, la Escritura ha de ser proclamada, escuchada, leída, acogida y vivida como Palabra de Dios, en el seno de la Tradición apostólica, de la que no se puede separar” (VD 7).

Realismo de la palabra

La Palabra de Dios nos impulsa a cambiar nuestro concepto de realismo: realista es quien reconoce en el Verbo de Dios el fundamento de todo. De esto tenemos especial necesidad en nuestros días, en las que muchas cosas en las que se confía para construir la vida, en las que se siente la tentación de poner la propia esperanza, se demuestran efímeras. Antes o después, el tener, el placer y el poder se manifiestan incapaces de colmar las aspiraciones más profundas del corazón humano. En efecto, necesita construir su propia vida sobre cimientos sólidos, que permanezcan incluso cuando las certezas humanas se debilitan... Quien construye sobre esta palabra edifica la casa de la propia vida sobre roca (cf. Mt 7,24) (VD 10).

Cristología de la Palabra

La consideración de la realidad como obra de la santísima Trinidad a través del Verbo divino, nos permite comprender las palabras del autor de la *Carta a los Hebreos*: «En distintas ocasiones y de muchas maneras habló Dios antiguamente a nuestros padres por los profetas. Ahora, en esta etapa final, nos ha hablado por el Hijo, al que ha nombrado heredero de todo, y por medio del cual ha ido realizando las edades del mundo» (1,1-2).

Esta condescendencia de Dios se cumple de manera insuperable con la encarnación del Verbo. La Palabra eterna, que se expresa en la creación y se comunica en la historia de la salvación, en Cristo se ha convertido en un hombre «nacido de una mujer» (Ga 4,4). La Palabra aquí no se expresa principalmente mediante un discurso, con conceptos o normas. Aquí nos encontramos ante la persona misma de Jesús. Su historia única y singular es la palabra definitiva que Dios dice a la humanidad. Así se entiende por qué «no se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva».

La renovación de este encuentro y de su comprensión produce en el corazón de los creyentes una reacción de asombro ante una iniciativa divina que el hombre, con su propia capacidad racional y su imaginación, nunca habría podido inventar. Se trata de una novedad inaudita y humanamente inconcebible: «Y la Palabra se hizo carne, y acampó entre nosotros» (Jn1,14a). Esta expresión no se refiere a una figura retórica sino a una experiencia viva. La narra san Juan, testigo ocular: «Y hemos contemplado su gloria; gloria propia del Hijo único del Padre, lleno de gracia y de verdad» (Jn1,14b). La fe apostólica testimonia que la Palabra eterna se hizo Uno de nosotros. La *Palabra divina* se expresa verdaderamente con *palabras humanas* (VD 11).

En base a estas expresiones profundamente teológicas, podemos decir que la vida cristiana se construye a través de la palabra escuchada, pero también esa palabra va más allá, porque esa palabra es Cristo mismo. Entonces, creemos, habrá que subrayar algunos presupuestos, para que esta vida se haga realidad.

Primero, la gracia se anticipa a la palabra, prepara los corazones a dicha palabra. Por eso cuando buscamos los supuestos humanos del cristianismo, tal búsqueda implica una alabanza de la gracia de Cristo.

Es cierto que la palabra nombra, crea, determina, ordena, pero además de todo esto, la palabra tiene una mística silente de la presencia del sin nombre. Es cierto, estas palabras nombran lo que tiene nombre, pero son justamente esta realidad sin nombre a quien las palabras aspiran nombrar.

Es necesario que el cristiano sepa oír estas palabras y este silencio, que se entrene constantemente, porque todas las palabras serían entendidas de manera equivocada, si no fueran oídas en tanto palabras de misterio y comienzo bienaventurado de lo incomprensiblemente santo.

Hay también un número del Papa Benedicto XVI que exhorta a vivir este misterio: “Esta experiencia de Jesús es indicativa de la situación del hombre que, después de haber escuchado y reconocido la Palabra de Dios, ha de enfrentarse también con su silencio. Muchos santos y místicos han vivido esta experiencia, que también hoy se presenta en el camino de muchos creyentes. El silencio de Dios prolonga sus palabras precedentes. En esos momentos de oscuridad, habla en el misterio de su silencio. Por tanto, en la dinámica de la revelación cristiana, el silencio aparece como una expresión importante de la Palabra de Dios” (VD 21).

La vida del cristiano, entonces, es una tarea constante, donde deben equilibrarse dos realidades espirituales de gran importancia: primero, el esfuerzo por una comprensión de la Palabra cada vez más profunda y eficaz en la vida personal y comunitaria; y segundo, una vida de silencio, que resulta paradójica en medio de este mundo donde el ruido es habitual. Sin embargo, en medio del arduo trabajo nos alienta la condescendencia de Dios al hacerse cercano. El documento del Papa tiene también un párrafo bellísimo es este último sentido:

La tradición patrística y medieval, al contemplar esta «Cristología de la Palabra», ha utilizado una expresión sugestiva: *el Verbo se ha abreviado*: «Los Padres de la Iglesia, en su traducción griega del antiguo Testamento, usaron unas palabras del profeta Isaías que también cita Pablo para mostrar cómo los nuevos caminos de Dios fueron preanunciados ya en el Antiguo Testamento. Allí se leía: “Dios ha cumplido su palabra y la ha abreviado” (Is 10,23; Rm 9,28)... El Hijo mismo es la Palabra, el *Logos*; la Palabra eterna se ha hecho pequeña, tan pequeña como para estar en un pesebre. Se ha hecho niño para que la Palabra esté a nuestro alcance». Ahora, la Palabra no sólo se puede oír, no sólo tiene una *voz*, sino que tiene un *rostro* que podemos ver: Jesús de Nazaret (VD 12).

Aquí cabe perfectamente un segundo supuesto para que la vida cristiana se construya en base a la Palabra de Dios: la capacidad de descubrir el misterio de Cristo, es decir, la Palabra hecha carne.

En efecto, si queremos ser cristianos, hemos de confesar que la Palabra eterna se ha hecho carne y ha habitado entre nosotros. Palabra eterna que dice en sí todo lo que puede ser dicho; sin embargo, se ha hecho esta realidad determinada, se dice <<aquí>> y <<ahora>>, sin dejar de ser siempre y en todo lugar.

Desde tal acaecer y en esta Palabra hecha carne, la palabra humana se ha llenado de gracia y de verdad. En el ámbito que la palabra humana circunscribe ha plantado su tienda la Infinitud.

En el pozo terrenamente angosto de la palabra humana, dentro y por debajo, allá en lo hondo, salta la fuente misma que fluye eternamente; en la zarza de la palabra humana arde la llama del amor eterno.

La liturgia, lugar privilegiado de la palabra de Dios

«La celebración litúrgica se convierte en una continua, plena y eficaz exposición de esta Palabra de Dios. Así, la Palabra de Dios, expuesta continuamente en la liturgia, es siempre viva y eficaz por el poder del Espíritu Santo, y manifiesta el amor operante del Padre, amor indeficiente en su eficacia para con los hombres». En efecto, la Iglesia siempre ha sido consciente de que, en el acto litúrgico, la Palabra de Dios va acompañada por la íntima acción del Espíritu Santo, que la hace operante en el corazón de los fieles. En realidad, gracias precisamente al Paráclito, «la Palabra de Dios se convierte en fundamento de la acción litúrgica, norma y ayuda de toda la vida... Exhorto, pues, a los Pastores de la Iglesia y a los agentes de pastoral a esforzarse en educar a todos los fieles a gustar el sentido profundo de la Palabra de Dios que se despliega en la liturgia a lo largo del año, mostrando los misterios fundamentales de nuestra fe. El acercamiento apropiado a la Sagrada Escritura depende también de esto. (VD 52).

Viene bien en este marco de la liturgia hablar de un tercer supuesto para construir nuestra vida en base a la Palabra: la capacidad de oír palabras que toquen certeramente el centro del hombre, su *corazón*. Dios quiere la salvación del hombre entero. Por eso cuando Dios –el misterio- quiere decirse en la palabra de la revelación cristiana, esa palabra busca al hombre entero.

No se trata de palabras sentimentales que se esfuman rápidamente, ni meras palabras racionales, del intelecto, entendiendo por tal únicamente la facultad de apoderarse y concebir lo abarcable. Se trata de palabras que llegan al corazón, esto significa estar expuesto a su potencia radical de ser dominado y aprehendido por el misterio incomprensible.

Para poder ser cristiano, por lo tanto, hay que ser capaz de oír y entender proto-palabras del corazón; de entre todas las creaturas somos los únicos a los que Dios ha creado con capacidad de escucha, lo llevamos

en el corazón. Hay que ejercitar esa capacidad para que las protopalabras no resbalen en la superficialidad del hombre, para que no queden ahogadas en la indiferencia, para que no se pierda en charlatanería, sino que encuentren certeras la profundidad más íntima del hombre, matando y vivificando, transformando, juzgando, dando gracia; como una lanza que hiere certeramente al crucificado y, al darle muerte, abre las fuentes del espíritu.

Como discípulos de Cristo, hay que aprender a oír tal palabra; la palabra que acierta verdaderamente y atraviesa al creyente, para que herido de muerte y absorto vuelque, como de un cáliz, en el abismo del misterio eterno de Dios, el secreto callado que la palabra encierra y –liberado- alcance así la vida bienaventurada.

Palabra de Dios y Eucaristía

El relato de Lucas sobre los discípulos de Emaús nos permite una reflexión ulterior sobre la unión entre la escucha de la Palabra y el partir el pan (cf. Lc24,13-35). Jesús salió a su encuentro el día siguiente al sábado, escuchó las manifestaciones de su esperanza decepcionada y, haciéndose su compañero de camino, «les explicó lo que se refería a él en toda la Escritura» (24,27). Junto con este caminante que se muestra tan inesperadamente familiar a sus vidas, los dos discípulos comienzan a mirar de un modo nuevo las Escrituras... El Evangelio de Lucas nos dice que sólo cuando Jesús tomó el pan, pronunció la bendición, lo partió y se lo dio, «se les abrieron los ojos y lo reconocieron» (24,31), mientras que antes «sus ojos no eran capaces de reconocerlo» (24,16)... «¿No ardía nuestro corazón mientras nos hablaba por el camino y nos explicaba las Escrituras?» (24,32) (VD 54).

La Eucaristía es la palabra por antonomasia en la Iglesia: No sólo la hace presente la gracia de Cristo, sino la fuente misma de la gracia. La Eucaristía es, con toda verdad, el sacramento de la palabra por antonomasia, el caso absoluto de la palabra.

Es claro que todo lo dicho alcanza aquí su culminación insuperable. La Eucaristía es palabra: porque en ella el Logos mismo de Dios encarnado existe sustancialmente; porque en ella se lleva a cabo la proclamación absoluta del misterio salvífico total.

El nexa entre Palabra y Eucaristía ha llevado a los Obispos del Sínodo a subrayar también el tema de la sacramentalidad de la Palabra y hacer una invitación a profundizar en este tema; ellos han escrito: “De este modo la sacramentalidad de la Palabra se puede entender en analogía con la presencia real de Cristo bajo las especies del pan y del vino consagrados. Al acercarnos al altar y participar en el banquete eucarístico, realmente comulgamos el cuerpo y la sangre de Cristo. La proclamación de la Palabra de Dios en la celebración comporta reconocer que es Cristo mismo quien está presente y se dirige a nosotros (DV 2)... Por tanto, profundizar en el sentido de la sacramentalidad de la Palabra de Dios, puede favorecer una comprensión más unitaria del misterio de la revelación en «obras y palabras íntimamente ligadas», favoreciendo la vida espiritual de los fieles y la acción pastoral de la Iglesia” (VD 56).

La palabra, la unidad y la alegría

La Asamblea sinodal nos ha permitido experimentar también lo que dice el mensaje joánico: el anuncio de la Palabra crea *comunión* y es fuente de *alegría*. Una alegría profunda que brota del corazón mismo de la vida trinitaria y que se nos comunica en el Hijo. Una alegría que es un don inefable que el mundo no puede dar.

En este marco de la comunión trinitaria, modelo de la Iglesia, mencionamos el cuarto y último supuesto para edificar nuestra vida en base a la Palabra de Dios: la capacidad de oír la palabra que une. Las palabras del Evangelio son palabras que evocan el origen único y recogen todo en el centro unificador del corazón. Por eso reconcilian, liberan lo individual de su aislada soledad, hacen que en cada ser esté presente el todo.

Estas palabras unen porque se mueven exclusivamente en torno a una realidad: el misterio del amor de Dios; precisamente por eso quedan atrapadas en el corazón del ser humano y por eso desembocan necesariamente en la comunión de los creyentes.

Por último, los Padres sinodales han declarado que es necesario mirar allí donde la reciprocidad entre Palabra de Dios y fe se ha cumplido plenamente, en María Virgen, «que con su sí a la Palabra de la Alianza y a su misión, cumple perfectamente la vocación divina de la humanidad». La realidad humana, creada por medio del Verbo, encuentra su figura perfecta precisamente en la fe obediente de María. Ella, desde la Anunciación hasta Pentecostés, se nos presenta como mujer enteramente disponible a la voluntad de Dios (VD 27).